

tra en su lugar la humildad verdadera, que es el medio mas eficaz, y seguro para restablecer, y conservar el buen orden en las potencias del alma. El que quando obra mal no siente dentro de sí mismo semejante aborrecimiento, este puede decirse que duerme en sus pecados: no sucede esto al bueno, el qual no halla quietud, ni reposo hasta que vuelve á entrar en el buen camino. Y pluguiese á Dios, que quando el hombre piensa seriamente en reformarse á sí mismo, sintiese en su corazon un sincero, y cordial amor de la verdad, y de las acciones moralmente buenas, con una aversion, y aborrecimiento al pecado: debería regocijarse por hallarse en él el principal constitutivo de la sabiduría, y buen orden, qual conviene que tenga la racional criatura. Lo mas prodigioso acerca de esto es, que muchas veces se halla este buen orden, ó disposicion de ánimo para tenerle (por lo menos en lo que toca á la voluntad) en gente idiota de ambos sexos, en jóvenes de perspicaz, y claro entendimiento, y aun en toscos, y rudos villanos. Gran vergüenza debería causar á los que se tienen por sabios, y han leído en muchos libros, y que pretenden ser tenidos por grandes ingenios, el verse excedidos en bondad por los que acabamos de referir; y mucha mayor confusion debe causar á estos sabios del mundo el obrar las mas veces contra la razon, dexándose llevar del bien útil, ó deleytable, sin atender al bien honesto, mas apreciable, y conveniente. Mucho conviene el saber para llegar á ser sabio; esto es, para adquirir altísimos conocimientos de las verdades, y demas cosas pertenecientes al buen gobierno del hombre; pero el saber mucho, y el obrar mal comunmente, esto no merece otro nombre que el de ignorante, ó de perverso, é iniquo, quando no se le aplique el título de loco. Ya es tiempo de poner á la vista nuestros principales apetitos para buscar el modo de regularlos bien para que no nos arrastren á obrar cosas indignas de quien está dotado de razon. Nuestros apetitos, y pasiones son en sí movimientos na-

turales, que no tienen término, ni límite, y pueden malearse, y pecar, ó por defecto, ó por exceso, necesitando por tanto, así como muchos caballos, y unas veces de espuela, y otras de freno, como ahora veremos.

CAPITULO XXVIII.

Del buen régimen del amor propio.

S. I.

EL Apostol S. Pablo escribió muy á nuestro propósito, diciendo en su Epistola segunda á Timoteo, cap. 3. "Habrà hombres amantes de sí propios, codiciosos, engreidos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, perversos, sin amor, sin paz, &c." Prosigue el Santo repitiendo casi lo mismo: "Vendrán, y habrá hombres amadores de sí mismos, llenos de codicia, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, sin amor á los otros, y sin paz consigo mismos." Todos estos vicios se hallarán en ellos por el demasiado amor propio. El intenso amor que nos tenemos, mientras escucha la voz de la razon, ya regulado segun la ley, y se acomoda á las máximas del Evangelio: este es propio de hombres sabios, y puede ser un promotor de buenas obras, y una guia, ó conductor á todo género de virtud; pero dividiéndose este por nuestra desgracia en tantos, y tan diversos apetitos, de los quales cada uno quiere quedar satisfecho, y apagado, agitan, y conmueven de quando en quando nuestra alma de tal manera, que la razon, destinada para reprimir, y contener este impetuoso torrente, muchas veces no puede contenerlo, y le dexa libre toda la campaña, para que corra, y se extienda á sus anchuras. Sucede esto de dos modos, como ya hemos dicho; el uno sia que lo advirtamos, ó reflexionemos; el otro quando aun con los

ojos abiertos nos hace perder el camino. En el primer caso nos representa nuestro amor propio tan al vivo el semblante de la razón, y justicia, alegando motivos, y proponiendo argumentos tan favorables al apetito, añadiendo excusas, y buscando tantas disculpas, que nos parece ser la recta razón la que nos habla, quando en la realidad no escuchamos otra voz que la de aquel grande artífice de engaños nuestro amor propio, que nos hace parecer lícito, y justo todo aquello que con intension deseamos, y apeteceamos. Razon sería que fuese muy fiel aquel sugeto que administra la hacienda de otro, quando el administrador tiene por esto un competente salario. ¿Pero qué sucede así? La demasiada experiencia de lo contrario ha dado motivo á dos refranes, ó proverbios; el uno, *al arca abierta el justo peca*; el otro, *al que la miel maneja algo se le pega*. De hecho, al que administra la hacienda agena, y maneja los bienes de un amo, de una comunidad, de un pupilo, jamas cesa el amor propio de sutilizar para encontrar razones, ya de compensacion, ya de fatiga demasiada, de corto salario, de algunos inciertos débitos, fundando todo esto en el exemplo, en la costumbre, interpretando en favor suyo la intencion de los amos, y una, ú otra palabra que le han dicho; de modo, que con toda paz, y serenidad, y sin pensar que agravia la justicia, éste tal administrador acrecienta su bolsa con la hacienda agena, y vive persuadido, que es muy justo un tal acrecentamiento. Ni es menor la burla que hace el amor propio, como íntimo consejero de los que exercitan el oficio de Jueces en este mundo. Si el Juez gustase de regalos, y viese de buena gana, que entran en su casa antes de dar la sentencia, ó los esperase mayores de uno de los litigantes que del otro, aun después de sentenciado el pleyto, tened por seguro, que su voto será favorable á la parte que mas diere; porque no se hallará en su corazon aquella indiferencia, que es tan necesaria, y esencial en el recto Juez; y con un secreto poderoso influxo se

ve-

verá inclinado á buscar, y encontrar, y últimamente á tener por mas fuertes, y convincentes las razones que favorecen al dádivo, que las de su contrario. Y quando este mismo Juez, que ama, y apetece los regalos, fuese tan señor de sí mismo, que mirando solamente la justicia de la causa, diese la sentencia contra el mismo que le ha regalado; cómo podrá excusarse de un engaño manifiesto, ó de un hurto paliado, habiendo recibido de la otra parte lo que debe suponer que le dió como por regalo, ó por parte de su voto? Por tanto, está justísimamente prohibido por la razón, y por las leyes á los Jueces el recibir regalos de las partes antes que el pleyto se sentencie, ó el esperarlos, y pedirlos despues de sentenciado. Finalmente, tanto se ingenia, y con tanta precaucion sabe insinuarse este poderoso amor de la hacienda, ó nuestro amor propio, que es lo mismo, que no solo induce, y persuade á la gente popular, y plebeya á las viles, é ilícitas ganancias, y contratos, mas tambien como astuto ladrón puede llegar á esconderse en el corazon de aquellos que se juzgan, y reputan por mejores que los otros; y disfrazándose con capa del zelo de la Religion, puede, sin que lo adviertan (porque el titulo, y motivo es bueno), causar en estos los efectos mismos, que ellos tanto aborrecen en los otros.

§. II.

NI es menos malo, y dañoso, antes bien es mucho peor el apetito de mandar. O! si, por desgracia nuestra, aquel que Dios ha colocado para gobernar los Pueblos, se sirviese de los consejos de sugetos inficionados de este vicio pestilente, y diese oídos á los aduladores, no puede facilmente explicarse con pocas palabras la grande avenida de desgracias, é infortunios, que amenazan, y se experimentarán dentro, y fuera del Reyno mismo. Cierto es que en nuestros tiempos vemos, y hemos visto Conquistadores justos; pero si extendemos la

vista á los tiempos pasados, no ha faltado alguno, que á diestro, y siniestro ha practicado todos los medios para extender los confines de su territorio, y propio dominio, juzgando por una misma cosa el ser vencedor glorioso, y Conquistador justificado. ¿Era necesario un razonable pretexto para acometer, y ocupar los dominios de otros? Pues este motivo se encontraba con facilidad en una mente agitada, é impedida fuertemente de la ambicion; y mucho mas porque en estos lances no estan ordinariamente muy lejos los socorros de aquella jurisprudencia embrolladora, que está pronta á sostener qualquier partido, sea tuerto ó sea derecho. ¿Son necesarias para mantener la guerra grandes sumas de dinero? Pues al punto parecerá lícito el exprimir hasta la última gota de la sangre del pobre Pueblo; y despojando los habitantes del propio pais, introducir en él la miseria, y la desolacion. Pero descendiendo ahora desde los altos tronos al baxo estado de otros muchos, hallarémos tambien excesos, no tan ruidosos, pero casi los mismos, causados por el amor propio, como íntimo consejero del hombre, que intenta enriquecerse, entronizarse, ó engrandecerse, ó satisfacer otros apetitos semejantes. Aun los mas rústicos ignorantes encuentran dentro de sí mismos en estos lances un doctór grande, que les sugiere razones, no solamente para poder obrar de aquella manera, mas tambien para hacerles creer, que es justo todo quanto les trayga utilidad. Un vehemente deseo no tiene muchas veces ojos, ni oídos para ver, ni oír otra cosa, que lo que le acomoda para el logro de sus ansias. Pero esta accion, me direis, es claramente contraria á la razon; con todo, aunque se reconozca como tal, se pondrá en execucion. No se recurre entonces, como debería practicarse, ni se da entrada á quien podría manifestar el engaño, antes bien se tiene por sospechoso á quien se atreviese á persuadir, ó aconsejar lo contrario; y supuesto que entonces solamente tiene cuenta el dar crédito á sí propio, la passion dominante representa como

flaco, y endeble qualquier dictamen, que no concuerde, y convenga con el apetito, y afecto que predomina; pero entonces mas particularmente es difícil el impedir, que nuestro amor propio no trastorne, y mande á la razon, quando hace liga, y va unido con la fuerza, y el poder. Conventrá, pues, en gran manera el que registremos con cuidado los efectos, y el semblante de esta fuerza.

HAY en el mundo una fuerza, que es laudable, y buena en sí, porque obra de acuerdo, y va unida con la razon, y es muy necesaria para el buen gobierno del mismo mundo. Tal es aquella fuerza que tiene el que con justo título es señor de un Reyno, y la que logran los que gobiernan Repúblicas, sobre sus súbditos, el padre sobre sus hijos, el amo sobre sus criados, y los maestros, y superiores sobre sus respectivos dependientes: fuerza que impide, y contiene para que no se cometan desórdenes, y para castigar al que los cometiese, para conservar la quietud, y paz, tanto pública, como privada, dar á cada uno lo que es suyo, extirpar los tributos justos, y la debida obediencia, segun la diversa calidad de personas. Hasta aquí es la fuerza santa, y justa, y aprobada por la razon, como que es necesaria, y se dirige al público bien. Sin este poderoso subsidio, tanto la República, como las casas particulares, no serian otra cosa que confusion, y desorden, y un quartel perenne de maldades. Pero no se detiene aquí la fuerza muchas veces. Luego que nuestra alma comienza á desear con ansia algun objeto, y reconoce en sí misma tanto vigor, y pujanza, que puede vencer qualquier obstáculo, que intente impedirle la posesion, ó término de sus deseos, quán difícil es entonces que el alma se reporte, y contenga, apartándose de aquel camino que la conduce al término deseado. En este caso aquella misma fuerza da mayor impulso para proseguir, é

camino comenzado, añadiendo un movimiento á otro movimiento, hasta que muchas veces encuentra el precipicio. Por esto en los Sagrados Libros de la Sabiduría Divina se nos presenta colmado de alabanzas aquel que libremente puede quebrantar la ley, y la observa, que puede obrar mal sin temor de ser castigado, y no hace mal alguno; por lo que á mí me parecen otros tantos Santos, ó por lo menos nobilísimos héroes, que habitan la tierra, aquellos Monarcas, que éntre otras muchas apreciables virtudes, poseen tambien aquella de contenerse dentro de sus propios estados, sin inquietar, ni dañar á los otros, aun quando tienen fuerzas, y poder para hacerlo, no faltando jamas á quien los busca pretextos para mover una guerra. Es verdad tambien, que algunos, y no pocos se abstienen de hacer semejantes insultos, porque les pone freno el rezeló, y la apprehension de una fuerza, y resistencia mas poderosa que la suya; pues aunque de presente no la adviertan, porque no la hay en la realidad en su contrario menos poderoso, pero puede haberla, mediante alguna negociacion, ó liga en favor de la potencia, que es mas flaca por sí sola. Con todo, tenemos vivos exemplares de esta rara moderacion; y pluguiese á Dios, que dexasen en toda la tierra imitadores de esta moderacion gloriosa. Ni merecen ser menos alabados aquellos otros Soberanos, que podrian dexar correr á rienda suelta toda su fuerza sobre sus propios Pueblos, y súbditos; esto es, sobre sus haciendas, y sobre la libertad, y privilegios que gozan las Naciones Christianas, que no han nacido esclavas, como algunos infelices Pueblos del Oriente, pero que sin embargo, cuidadosamente, y por un efecto de virtud christiana, se abstienen de tales violencias. Bien saben estos Potentados, que su prepotencia no hallaria impedimento por parte de sus súbditos, á quienes tiene mandado el mismo Dios, que no resistan, ni dexen de obedecer á sus propios Señores, aun quando estos sean discolos, y malos, sino es en el caso que manden cosas contra-

rias,

rias, y que no se avienen con lo que tiene mandado el Señor de los Señores, y Rey de los Reyes: hace tambien frente, y resiste á la persuasiva de sus apetitos aquella virtud propia suya, que jamas consiente que se vulnere, ni atropelle la razon, y la justicia con daño considerable de aquellos, que aunque los miran, y tienen por súbditos, los estiman, ó deben estimar, y querer como á hijos propios. No necesitan por cierto estos gloriosos Príncipes que se les acuerde frecuentemente lo que acordaron, y dexaron escrito aquellos Venerables Obispos Franceses, que juntos en Turs, compusieron el tercer Concilio Turonense en el año de 913, donde se leen estas palabras al capítulo 49. *Admonendi sunt Domini subditorum, ut circa eos pié, & misericorditer agant, nec eos qualibet injusta occasione condemnent, nec vi opprimant, nec illorum substantiolas injustè tollant, nec ipsa debita, quae à subditis tradenda sunt, impie, ac crudeliter exigantur.* Deben ser amonestados los que tienen vasallos, á fin de que los traten piadosa, y caritativamente: que no los condenen por qualquier leve delito: que no los opriman con violencia, ni les quiten indebidamente sus pobres haciendas, ni les pidan con crueldad aun aquellos tributos, que deben pagar por obligacion.

§. IV.

¿Pero qué hablo yo ahora de los Príncipes de la tierra? Bastará que en qualquiera de los particulares se junten el apetito desordenado de mandar, con el poder, para que veamos en un dibuxo pequeño todo lo que aquellos Soberanos son capaces de hacer en otro mayor. Ni aun aquí debemos parar: extendamos la vista por la dilatada feria del mundo, en la qual la mayor parte de los hombres se mueven ligeros, como tantos negociantes: unos para adquirir hacienda, otros para conservar la adquirida: estos para lograr honores, y dignidades, aquellos para entrar en la gracia, y amistad de grandes

37251

des Príncipes, y Señores: aquel para no minorar sus ganancias: este otro para adquirir reputacion, y gloria: en una palabra, cada qual para satisfacer aquel apetito que domina su corazon, mediante el amor propio. Si bien lo considerásemos, hallaríamos que la razon debia ser la que dispensase, y manejase todo esto, como Señora, y Emperatriz del Reyno racional, y la que dirigiese todo este tráfico, y comercio; pero muchas veces es la fuerza la que mueve todas las ruedas de esta máquina, y la que domina la mayor parte de la tierra: fuerza que proviene del poder de las armas: fuerza que procede del favorable viento del mando, ó del mayor número de amigos poderosos: fuerza que nace del dinero aplicado, y distribuido en lugar, y tiempo oportuno, y de que resulta aquella especie de encantamiento, que cada dia podemos tener delante de los ojos. ¿De dónde, pues, sino de este principio, proviene el que la justicia sea tan diligente contra los pobres desamparados, y no tenga manos para obrar contra los ricos, y poderosos? Vemos algunas veces que los altos puestos, los grandes favores, los ocupan, y dispensan, no ciertamente á los que tienen mas méritos, sino á los que lo gran protectores mas poderosos. Vemos tambien que no solo los mas ineptos, sino aun los mas ímpios, y facinorosos llegan á conseguir los primeros ministerios, con dolor, y aflicion de todo el Pueblo, que llora sin consuelo los daños que experimenta en tales gobiernos. Proviene asimismo esta fuerza del saber manejar la cavilacion, la charlatanería, la adulacion, y bufonería, y de saber formar, y disponer combinaciones, y amistades ocultas para sostenerse á sí, y á los que siguen su partido, y para abatir, y desacreditar á quien presume que le es contrario, ó que algun dia pueda serlo; porque ahora, ó no quiere, ó no logra la fortuna de ser su amigo. Finalmente es muy poderoso, y muy dilatado el imperio de esta fuerza en este mundo; y si no vemos otras mayores mutaciones en el teatro humano, es porque á

mú-

muchos les falta esta misma fuerza; de manera, que el que intentase señalar, y describir uno por uno sus efectos, no hallaría tan presto el fin, y acaso incurriría en aquella misma fuerza, ó en aquellos defectos mismos causados por ella, que le enseñarían á no proseguir con la historia comenzada; porque no es la última proeza de quien tiene poder, y fuerza el procurar lo primero abatir, ó ridiculizar al que sabría decir la verdad, que no quisiera oír, ó porque no decauya, y se minore su autoridad, ó porque de algun modo seria contraria á su mismo provecho, y detendría el curso al torrente de sus gustos. ¡O, sea Dios bendito, y que usufructuarios tan perversos somos los hombres de vuestros benéficos dones, y mercedes! Luego que liberalmente gracioso nos regalais, ó con un buen ingenio, ó con abundantes riquezas, ó con grados eminentes en la república, esta misma benéfica parcialidad vuestra nos sirve, no solamente para saciar nuestros animales, y baxos apetitos, mas tambien para que se dilaten, é irriten, hasta llegar á menospreciar abiertamente á los que no han recibido de Vos (ó Señor) tan colmada medida de estas gracias terrenas, y hasta menospreciar con mayor descaño vuestra santa Ley, adquiriendo al mismo tiempo un daño eterno para nosotros.

§. V.

Despues que el hombre bueno, y sabio ha observado atentamente el camino errado, y torcido por donde caminan otros muchos hombres, debe con grande animosidad determinar dentro de su corazon no apartarse un punto del camino real de la razon, y de la virtud. Amase tambien á sí propio con un fuerte amor el hombre sabio: prueba tambien, y siente en sí mismo los efectos de sus apetitos vigorosos, y su impetuoso torrente: no dexa de presentir los tumultuosos asaltos de sus pasiones; pero nada executa de quanto estos internos des-

ar-

arreglados consejeros le sugieren, si antes no consulta con la razon, y no conoce que esta aprueba por honesto, justo, y laudable aquello que el corazon le persuade, aun quando se halla agitado tan fuertemente; y para mayor seguridad se abstiene (quando puede) de obrar, quando es agitado de alguna indiscreta passion. Mas porque no todos, ni en todas las ocasiones saben leer en este hermoso libro de la recta razon, ó por lo dificultoso, y intrincado de las materias que ocurren, y sus circunstancias, ó por ignorancia propia; este ignorante, sabio entonces, corre presuroso á buscar un consejero, á quien juzga mas inteligente, y docto, y por esto capaz de darle un buen parecer con toda honradez, y fidelidad. Pero quando se trata de pesar nuestras acciones, no ya con el delicado pesillo del oro, si bien con el mayor, ó mas grueso; en este caso cada uno puede facilmente ser maestro de sí mismo, practicando el secreto de que usan comunmente los prudentes Abogados, y Jurisconsultos, quando son llamados, y buscados para defender, y patrocinar la causa de alguno. No se detienen estos únicamente en amontonar, y fortificar las razones que asisten á su parte; antes bien, con igual atencion, y cuidado miden, y pesan las del contrario, que se figuran ser ellos mismos, substituyendo por la persona de la parte contraria, haciendo ver con esto á su cliente de parte de quien está la razon, y quien espera vencer. Del mismo modo debemos practicarlos nosotros, luego que nos determinemos á decir, ó hacer: debemos despojarnos de nuestros vestidos; esto es, de nuestros afectos, y vestirnos los de los otros, y de esta manera no nos costará mucho trabajo el rastrear, y descubrir si aquel apetito, aquel afecto quiere inclinarnos, y traernos á una accion, que en sí misma es mala, porque envuelve alguna culpa. Si nos parece mal, y reprobáramos en otro aquel modo de hablar tan acalorado, aquel desfogo injurioso, aquel minorar los méritos de nuestro próximo, para ponderar, y aumentar los nuestros; aquella obstinacion de jamas per-

perdonar á los enemigos, y de buscar modos, y trazas para vengar las propias injurias; aquella conciencia nada escrupulosa, quando se trata de la hacienda agena; aquel juzgar, y echar á mala parte las acciones dudosas, y aun las indiferentes de los otros hombres; aquella adulacion vil, é infame; y discurriendo de esta suerte en otras muchas acciones, ¿cómo no advertiremos que estas mismas, quando las practicamos nosotros, son perversas, y viciosas? La Sagrada Escritura, que tan bellas cosas nos enseña, no ha dexado de ponernos á la vista esta transformacion tan provechosa, para que con su luz descubramos los engaños de nuestro amor propio. La ira, que contra su hijo Absalon concibió el Rey David, no le permitió que descubriese por entonces todos los malos efectos de su rigor, quando una pobre muger, representándole esta misma tragedia, baxo el sobrescrito de otra persona, le hace ver sus malas consequencias, y reprime los impetus de aquella cólera. Aun mucho peor fué lo que acaeció á este mismo Príncipe, quando no advertia los excesos de su concupiscencia; pero tuvo la suerte dichosa de que un santo Profeta, representándole aquel grave delito en persona distinta, le obligó á dar la sentencia contra el Rey mismo, y á que se arrepintiese cordialmente de aquel pecado. Del mismo modo se encuentran admirables documentos en aquellas Parábolas de los Santos Evangelios, de que tan frecuentemente usaba nuestro Divino Redentor, y Maestro, acomodándose al estilo de los Syrios, y de otros Pueblos del Oriente, que las usaban en sus conversaciones. Y si es lícito, despues de estos exemplares tan grandes, y santos, proponer otros profanos; y plebeyos, se puede decir que para hacernos ver los engañosos devaneos de nuestras pasiones, y apetitos, conendrá algunas veces el tener á mano, y á la vista los documentos que el antiquísimo Esopo da en sus fábulas, siendo muchas de ellas deleytables, y muy vivas, encontrándose baxo el velo con que las encubre, representadas ingeniosamente

nuestras buenas, ó malas costumbres. Sabemos que uno de estos Apólogos fué el medio único, y muy saludable para sosegar, y aquietar un fiero tumulto de la plebe Romana contra la nobleza. Sabemos tambien que los Griegos se sirvieron con utilidad, y buen suceso de semejantes Apólogos. Asimismo nos servirán de un gran socorro los apotegmas, ó sentencias de los antiguos sabios, y Filósofos, con tal que se estudien los mas selectos, pues en muchos de ellos podemos hallar utilísimos avisos para vivir bien.

S. VI.

CON todo, el método mas comun, y ordinario para conocer los engañosos, falsos, y nocivos consejos de nuestro desordenado amor propio, es el de recurrir á las buenas historias sagradas, y profanas, escritas juiciosamente por aquellos que hicieron su papel en la farsa, y teatro del mundo antes que nosotros. Al observar en ellas tantos infelices, que cayeron en este, ó aquel vicio, miserablemente impelidos por sus pasiones, y como arrastrados por sus dominantes apetitos, acaso hallaremos nuestros retratos vivamente coloridos, y delineados; y si los defectos de aquellos se nos representan ridículos, feos, y detestables, podrá suceder que al descubrir en nosotros mismos iguales, ó mayores excesos, no los reputemos en adelante por graciosos adornos, y preciosos joyeles de nuestra vida, de nuestra conversacion, y de nuestras operaciones. Al contrario, encontrando con acciones ilustres, y gloriosas de otros muchos que supieron sujetar, y vencer sus pasiones, que fueron magnánimos, pacientes, reportados, fieles en sus palabras, fáciles, y prontos en perdonar sus ofensas, agradecidos á los beneficios que recibieron, esforzados en los peligros, desinteresados, justos en sus contrarios, ten una palabra, de tantos que siguieron la luz de la recta razon, y las banderas de la virtud, hallándonos á

no-

nosotros mismos tan diversos de aquellos; deberíamos avergonzarnos, y sufriendo las justas reconvenções que por lo pasado debe hacernos nuestro corazón, cuidar de obrar mas arreglados en lo sucesivo. Aun mucho mas nos aprovechará el leer las vidas particulares de aquellos hombres insignes, y famosos por la práctica de las virtudes morales, adoptando lo mas bello, y lo mejor de sus acciones, y de sus sentencias, dexando aquellas que acaso nos parecen fantásticas, defectuosas, ó viciosas, de las que se encuentran algunas nada imitables en las vidas de los Filósofos Gentiles. Tambien pueden servirnos de modelo para obrar bien las vidas de aquellos grandes Príncipes, que mas bien por su sabiduría, y prudencia, que por sus guerras, y conquistas, se han merecido el renombre de hombres insignes sobre la tierra. Pero sobre todo esto, é incomparablemente mas que otra qualquiera leccion, nos servirá para ser sabios, y para aprender á refrenar, y contener nuestras pasiones, y apetitos, el leer, y meditar las vidas de aquellos Santos, y grandes hombres, que en varios tiempos ha producido la Religión de Jesu Christo, y que habiendo sido eminentes en la práctica de todas las virtudes, lo fueron en las de la vida activa con mayor particularidad. Diversos exemplares son estos ciertamente de los otros, que admiramos en los Filósofos, y Héroses Gentiles, cuyas virtudes se aventan, y unian en ellos con los mas detestables vicios. Bien se que muchos Christianos se avergonzarían de emplear el tiempo en la leccion de estos libros santos; porque juzgan ser esta una cosa reservada para los que son Religiosos de profesion, y caminan á la cumbre de aquella perfeccion, que ellos, bien lejos de conseguirla, ni aun han comenzado á desealarla. Pero se engañan sin duda alguna; porque si no tienen ánimo para imitar aquellos héroes de santidad en los ayunos tan continuados, y rigurosos, en los silicios, y en otras mortificaciones del cuerpo; ¿por qué no podrán aprender de ellos el vivir, y obrar como buenos Christianos, sabios,

bios, y virtuosos? Las virtudes no son ciertamente un patrimonio, ó mayorazgo privativo, para los que huyendo del mundo, y sus vanas pompas, se alistan en la milicia eclesiástica; deberían ser de todo hombre Cristiano, aunque viva en medio del mundo. Si alabamos, y aun estamos dispuestos á seguir, y tomar por nuestros maestros á los Filósofos del Paganismo: ¿con cuánta mas razón debemos aprender en la escuela de otros Filósofos incomparablemente mas sabios, quales son los buenos siervos de Dios, y discípulos de Jesu Christo?

§. VII.

HE dicho ya bastante sobre este punto, aunque nó me arrepiento. No son pocos (y especialmente jóvenes) los que se cansan, y atedian quando leen algun libro preceptivo, ó instructivo; porque faltos de consideración, les parece tener delante á un viejo mal acondicionado, que les está predicando, y quiere hacerlos viejos antes de tiempo. No me lisonjeo de que logre mejor fortuna esta obrilla mía. No suele suceder esta desgracia á los libros de historia, en que se hallan las vidas de hombres ilustres; porque la variedad de sucesos, y accidentes suele cebar la sabia curiosidad de los jóvenes, que leen con gusto aquellos pasages. Ellos mientras los leen estan como en una escuela, sin reflexionar donde se hallan; y pueden aprender prácticamente lo que un maestro, acaso con poco gusto del discípulo, pretenderia, y querria enseñarle. Y si un maestro tomase por su cuenta el hacer que sus discípulos reflexionasen atentamente, ya la fealdad, ya la hermosura de los retratos que representa la historia, quando está juiciosamente compuesta, y bien ordenada; y si sobre esto mismo les propusiese diversos temas, y disintos asuntos para exáminar su parecer, y juicio, sin duda que un tal exercicio les seria muy provechoso, y sacarian aquella grande utilidad, que suelen lograr los discípulos de un

ayo

Ayo advertido, y que penetra mas allá de la superficie de los objetos; esto es, aprender bien á conocer, y discernir todo lo que es laudable, ó vituperable en diversos países perteneciente á las costumbres, al gobierno, á la conversacion, á las artes, y varias maneras de las personas, que sucesivamente se van presentando á quien gira por la feria del mundo. Encuentra muchas veces el hombre, y principalmente el que no ha caminado aún largas jornadas en el viage de su vida, y con la desgracia de no conocer sus propios defectos, ó por ignorarlos, ó por no advertirlos. Por tanto pueden los libros servirnos como otros tantos espejos en que con utilidad grande veamos las costumbres, y acciones ajenas para aprender á conocer las propias. El perfecto cumplimiento de esta importante empresa jamas lo conseguiremos bien, sino con la propia y atenta observacion de lo que se practica en el mundo, ó teniendo al lado, si la suerte nos lo depara, un buen Anatómico de genios, de prendas, y de las prerogativas de otras personas, de sus defectos abominables, ó de sus ridiculices. Mirad aquel tal sugeto, qué afeccion en el hablar, en sus gestos, en el andar, y en el vestir. Reparad en aquel otro un vivo retrato de la vanidad, y un desarreglado amor de sí propio (ó de sí propia), si atendeis á su charlatanería, que siempre gira sobre su nobleza, y la de su familia, de sus propias aventuras, de sus riquezas, y fanfarronadas, haciendo alarde de la confianza con grandes personas, de sus prendas personales, lisonjeándose, y creyendo que está interesado todo el mundo en favorecerlo. ¿Quién no ve en este un retrato fiel de la misma vanidad? Al contrario, ¿qué tanto en el motejar, y chancarse advertimos en esta otra persona? ¿Qué modestia en su gran fortuna? ¿Qué respeto no solo á sus iguales, pero aun á sus inferiores? ¿Con qué prudencia mide sus palabras, sus alabanzas, sus censuras? ¿cómo sabe callar prudentemente, sin obstinarse en sus opiniones, sin

Tom. II.

D

ha-

hacer de Maestro y Catedrático sobre los otros, y sin querer perder un buen amigo, por no desaprovechar un dicho agudo? Si un joven que no sea presuntuoso, ni seducido por malos compañeros, sino guiado de los buenos, y libre de la preocupación de una opinión favorable ácia sí mismo, contempláre, y consideráre estas, y otras infinitas figuras, que se encuentran, y ven á cada paso en este teatro del mundo, acaso hallará muchas cosas que corregir en sus acciones, y no pocas que reformatar en sus costumbres.

S. VIII.

Finalmente, no quiero dexar de decir que á los jóvenes se les debería desde luego hacer que aprendiesen de memoria ciertos proverbios sentenciosos, de que usa tambien el vulgo, que contienen algunas bellas advertencias, comprobadas por la experiencia misma. Hay muchos de estos en cada país, en cada idioma. Como los Aforismos de Hippócrates, tan celebrados justamente, sirven de subsidio á los Médicos, siendo tan incierta su arte, así los proverbios (hablo solamente de los morales) pueden servir al hombre maravillosamente para juzgar de las cosas rectamente, y para dirigir bien sus acciones. Una buena colección de estos proverbios, ó sentencias, escogidas de varios idiomas, suficientemente explicadas, y bien estampadas en la memoria de los jóvenes, repitiéndoselas, y enseñándoles el modo, y uso de componerlas, sería sin duda una quinta esencia, ó un compendio facilísimo de quanto la experiencia ha enseñado á los hombres sabios. Pero sobre todo, conviene atenerse á las jugosas sentencias, que Dios para nuestro mayor bien ha dictado en sus celestiales Libros, y particularmente en el de los Proverbios, de la Sabiduría, del Eclesiastés, y del Eclesiástico; O, y que mina tan rica, y preciosa es esta, y que abundante de utilísimos documentos para el que desea vivir como sa-

bio! Ayudará tambien á este intento el leer los caracteres de Teófrasto con las adiciones del Bruyer, y otros libros como estos; bien que debo advertir una desgracia, que acompaña por lo comun á estas obras. Siempre que estas sentencias, ó reflexiones se hallen, ó esten seguidas, ó como amontonadas una sobre otra, sin orden, ni método, y lo que es mas, sin algun comentario, podrá su lectura ser de gusto; pero será de poco provecho. *Arona sin cal, no hace buena pared.* Entrán presto en la memoria porque son breves; pero con la misma presteza vuelan, y desaparecen: ni la memoria se enriquece con ellas; por que corriendo el entendimiento, y saltando de una en otra, ó dexando escapar la que tiene presente por ver la que se sigue, no hay tiempo para que todas, ó muchas de ellas se impriman bien en la cabeza. En suma, serán unos bellos relámpagos, pero como tales desaparecerán en un punto. Por tanto, el verdadero aprovechamiento se debe buscar, y esperar de los libros metódicos, que se dilatan, y declaren los puntos mas importantes de la Filosofía de las costumbres. Y porque el mundo quiere alegrarse, y divertirse, y sería tenido por un Misanthropo, enemigo de los hombres, el que no admitiese públicas, y privadas diversiones, no tengo dificultad en decir, que aun las comedias podrían concurrir, y coadyuvar no poco para el fin ya expresado. No hablo de aquellas comedias bufonescas, ó rapsodias mal concertadas, que se oyen no pocas veces en los teatros de Italia; ni menos de aquellas que empedradas de sucios equívocos, de amores obscenos, de lances maliciosos, y de triunfantes vicios, logran en algunos países libre, pero ilícito pasaporte. Hablo solamente de aquellas comedias doctrinales, y morales, que hacen reír sin decir cosas feas, é infames; que discretamente ridiculizan los defectos mas visibles del hombre: que no enseñan máximas viciosas, ni dan á beber el veneno de la malicia en delicadas vistosas copas de sutilezas: de aquellas hablo que descubren, y

representan toda la maldad del vicio; pero al punto ponen delante el castigo, que no tarda en seguirle. De estas, quando estan texidas de juiciosos lances, y con trama de hilo precioso de utilísimos documentos, que ensalcen, y alaben la virtud, y desacrediten los vicios: de estas, decia, deberían estar bien provistos nuestros teatros, que en otro tiempo solamente admitian las de Plauto, y Terencio, y aun mas licenciosas en algun caso. Tambien se puede esperar buen fruto de las tragedias, quando sean esforzados ingenios los que las compongan; pero acaso no serán tan provechosas como las comedias; porque estas (ademas de lo jocoso, y ridiculo que se insinúa, y agrada mas bien que lo serio) tienen la ventaja de ser mas geniales á los que las oyen, y las entienden mejor, no solo á los sabios, mas tambien á la gente ignorante, y rústica, lo que no sucede muchas veces con la tragedia.

CAPITULO XXIX.

De la Prudencia.

§. I.

Para que el hombre gobierne, y regule bien su propio amor, y para entrar seguramente en el exercicio de las virtudes, necesita mas que de otra cosa, de una virtud general, que se llama prudencia. En orden á este nombre prudencia, á sus exercicios, ó empleos, y cómo se distinga de la sabiduría, si sea virtud, ó solamente directora de las otras virtudes, si puede llamarse virtud moral, no obstante que sea virtud intelectual, &c. hay entre los Filósofos grandes disputas. Pero finalmente puede tambien disputarse, si acaso todas estas cuestiones sirven de otra cosa que de malgastar palabras sin fruto alguno, del que solamente pretende, no el aprender á disputar, sino á bien vivir. El punto de la dificultad

tad

tad está precisamente en conocer bien esto que llamamos prudencia, lograrla, y poseerla dentro de sí (y esto es lo mas principal), y exercerla en las ocasiones que ocurren, que son infinitas. En pocas palabras: la prudencia es aquella virtud, que en los casos, y acciones particulares nos enseña, y dirige á distinguir, y elegir aquello que es conforme á la razon, y puede honestamente redundar en nuestro bien, y á evitar, y desechar todo aquello que reprueba la misma razon, y puede dañar á otros, y á nosotros mismos, debiendo saber elegir los medios proporcionados, y conducentes para conseguir los expresados fines. Todas las otras virtudes necesitan de esta para que las guie, y sirva como de escolta; porque de otro modo pueden facilmente tropezar con los extremos, y dexar de ser virtudes, ó por falta de consideracion, y reflexion, ó por motivo de los desarreglos, dos movimientos de nuestro amor propio; de manera que la prudencia puede merecer el glorioso título, y renombre de Reyna, Maestra, y Gobernadora de las otras virtudes. Pero quanto esta virtud es mas bella, quanto es mas necesaria al hombre sobre todas las otras virtudes, otro tanto (debo decirlo con gran dolor) es mas dificultosa de conseguir; y por mas que el hombre estudie toda su vida para alcanzarla, siempre le resta mas, y mas que aprender para lograrla, y poseerla con perfeccion, estando los mortales sujetos continuamente á incurrir en varios errores por ser imprudentes, ó poco prudentes. Yo quisiera que en este punto hablasen clara, y sinceramente todos aquellos que se reputan por sabios, y prudentes del primer orden, y que tomarian el gobierno, no diré de una sola Ciudad, ó Reyno; pero aun de una de las quatro partes del mundo. Yo me lisonjeo de que sobre este asunto no me sabrian decir que miento. Vista muy perspicaz, y atencion grande necesita el hombre prudente, porque son infinitos los objetos á que debe atender, y que necesita considerar; y aunque tenga su acopio de reglas para obrar como sabio, con todo,

Tom. II.

D 3

va-

variando como varían las circunstancias en cada caso, y entrando muchas veces en el manejo, y expedición de los negocios que ocurren, la voluntad de otro, ú otros sugetos, y otros muchos accidentes que sobrevienen, no debe causar maravilla, si aun los mas sabios tienen muchas veces que reprehenderse á sí propios por no haber mirado con atención, y haber caído en errores alguna vez irremediables. Aun Aristóteles (si acaso no fué otro Filósofo) decia, que de tres cosas se habia arrepentido en su vida; esto es, "de haber confiado á muger cosa que se debía callar: de haber hecho á caballo un viage que pudo hacer á pie: y de haber dexado pasar un dia solo sin haber hecho testamento." Con todo esto no me parece que será cosa inútil el tocar aquí algun punto de doctrina, que si no alcanzase para hacernos prudentes, por lo menos en algunas ocasiones nos harán menos imprudentes en quanto sea posible.

§. II.

Para que se conozca de algun modo la grandeza, y anchurosa playa que tiene el mar, por donde ha de navegar el prudente, debe observarse, que necesita saber lo ya pasado, conocer lo presente, y prever lo futuro quanto le sea posible. No puede dudarse que lo pasado es un gran maestro de lo futuro: advirtió esto mismo Publio Mimo, quando dixo que un dia enseña al otro: *Discipulus est prioris posterior dies*. El observar, y tener prontos en la mente una gran copia de los sucesos ya pasados, puede servir maravillosamente para dirigir el entendimiento, y las acciones de los hombres en otros casos, y ocasiones, que si no son aquellas idéoticamente, por lo menos no son muy desemejantes. Casi no es posible que el hombre llegue á conseguir el ser prudente, si antes no ha hecho un atento, y continuado estudio sobre las costumbres, inclinaciones, y acciones de los otros hombres, para poder regular, y nivelar sus pro-

propias acciones. Para esto pueden ayudar, y servir mucho los libros; pero sabe Dios lo que sucederia al que se contentase con esto solo. No es por cierto una cosa extraña el ver muchos hombres reputados por doctos, que son simples, é imprudentes al mismo tiempo. El gran libro del mundo bien estudiado, juntamente con un noviciado de mucho tiempo pasado en tratar con los otros hombres, son los medios mas comunes; pero los mas eficaces para aprovechar en esta virtud, el que ha de vivir en el mundo, y no retirado en un claustro. Para un estudio, y exercicio semejante, mucho tiempo se requiere. Por esta causa no se hace injuria á los jovencitos, y mancebos, quando se les dice, que merecerian el título de imprudentes, si acaso quisiesen ser prudentes en poco tiempo, y de pocos años, y juzgasen que por sí solos pueden embarcarse, emprendiendo negocios, y resoluciones de alguna consecuencia, lisonjeándose de que no se engañan, y de que no necesitan direccion, ni consejo de otros mas ancianos, y prudentes que ellos. Cosa muy facil será, que no teniendo quien los sostenga, y sofrene, no solamente como potros bizzaros, y sin experiencia, hagan daño á otros, mas tambien á sí propios, como acontece á muchos en muchos casos. La prudencia, pues, de un joven, consiste en aprender desde luego rectas máximas; en reflexionar atentamente lo que ha sucedido á otros en casos semejantes; en aconsejarse, y especialmente quando se trata de regular, y entablar bien su vida propia, practicar esta importantísima diligencia con quien pueda darle buena luz, con afecto, y sinceridad; y finalmente consiste en abrazar con docilidad los consejos de aquel que siendo sabio, y honrado, se puede creer que se los dará útiles, y buenos. Uno de los mas comunes, y fervorosos deseos de la juventud, viene á ser el de verse libre de los Ayo, Maestros, y Directores: de salir del Colegio, para llegar al dia dichoso de gozar de la libertad del mundo, y obrar en todo por sí solos. Mas por ventura han hecho, jun-

tamente con las ciencias, y honestas artes, que suponen han aprendido allí, una buena provision de prudencia tambien? Si así ha sucedido, debemos alegrarnos con ellos, y debemos esperar que sabrán caminar con rectitud en la nueva, y larga carrera en que entran ahora. Pero si por desgracia no llevan consigo esta virtud de la prudencia, no tardarán mucho á perderse en la ociosidad, en fruslerías impertinentes; y lo que es peor, en vanos, y locos amores; y en el juego destruidor de los caudales, en riñas, y quimeras, y en otras muchas desgracias, que puntualmente estan preparadas para quien ni tiene piedad, ni prudencia.

§. III.

NI solamente el gran libro del mundo es el que con sus varios sucesos, y con atender á los errores, y desórdenes de los otros, como tambien á la acertada conducta de muchos, puede ser utilísima escuela de prudencia para el que tenga el juicio recto; pero aun es necesaria tambien la propia experiencia. Por lo comun los mas de los hombres son de tal genio, y condicion, que jamas aprenden bien, ni se les queda impreso en la mente lo que les es dañoso para huirlo, hasta que lo han experimentado. *No se conoce el bien si antes no se prueba el mal*, es proverbio comun. Ordinariamente no estimamos la salud, ó la tenemos en poco, hasta despues que se ha perdido; y por esta razon, por mas que se diga á un muchacho, que puede venirle, y le vendrá mal manejando las armas de fuego, no dexará de hacerlo por esto: quando le ha sucedido una desgracia con ellas, y se ha verificado el pronóstico; entonces no se le olvidará la leccion tan presto. Otros oíran repetidas veces, pero sin hacer caso, quan facilmente cogerrán un dolor de costado, quando acalorado el cuerpo, ó con el fuego, ó con un violento exercicio; no se guarda, ó reserva del ambiente demasiado fresco, ó del

del temporal demasiado frio: entonces lo creen, quando sienten, y experimentan el dolor, si es que este les permite el recobrar su salud. De la misma manera, hasta que el joven no haya probado muy á costa suya, quan caro le cuesta el hablar de los hechos ajenos, sin reporte, ni miramiento alguno; y principalmente quando prorrumpe en censuras, y palabras picantes, delante de algunos poco confidentes, que aun sin malicia, y por solo su genio llevan chismes de un lugar al otro, refririendo, y muchas veces con sus añadiduras, y repulgos, quanto han oído de unos, y de otros; no aprenderá verdaderamente la circunspeccion, y prudencia que se requiere, y es necesaria en las conversaciones donde se habla, y hace juicio de las acciones de algun otro sugeto. *El cometer un yerro, es causa de no cometer otro*. En vano se le avisará al otro mocito recien salido de las escuelas, hinchado de su sabiduria, que el contradecir á los otros en la conversacion con ayre entonado, y magistral, es el buscarse el indecoroso título de pedante, y al mismo tiempo hacer saber á quien lo ignoraba, que no cabé en sí mismo de puro lleno, y que con todo su saber aun no ha aprendido la buena crianza, y urbanidad. Aun quando en las disputas esté la razon de nuestra parte, la misma razon enseña, y pide que nuestro dictamen debe exponerse con toda quietud, y modestia, y que el contrario se ha de impugnar con garbo, y gracia. Este modo delicado de combatir suele ganar el amor, y benevolencia, si no del contrario, por lo menos del auditorio. Y á la verdad en demasiada opinion se tiene á sí propio el que se enoja, y enfurece porque los demas no abrazan la opinion que él sigue. Pero acaso para contra este espíritu de contradiccion, no aprovecharán tanto las amonestaciones, quanto la consideracion de que finalmente se acaloró el sugeto, no sin nota de necesidad importuna, por querer sostener una opinion falsa, ó una proposicion ridicula, ó que adquirió, y compro un fastidioso empeño con un compañero suyo, y el odio

odio de otros muchos, que huyen de la desapacible, y fastidiosa conversacion de tal sugeto. Quando haya experimentado esto, puede suceder que este tal engreido, y soberbio opositor, aprenda á hacer semejante guerra con mayor cortesía, por medio de una parte pequeña de aquella prudencia, que es necesaria á todos en el trato, y conversacion comun, cuyo defecto debe ser vergonzoso á quien presume saber mas que los otros. Podiéranse traer infinitos casos para demostrar los ventajosos adelantamientos, que se logran en la escuela del desengaño, y que ordinariamente no se aprenden en los libros; pero baste por ahora lo insinuado para llegar á conocer quantos golpes del escoplo de la experiencia se necesitan para formar un hombre que merezca el raro, y apreciable título de prudente.

§. IV.

EL conocimiento de lo presente se requiere tambien para que sea prudente un hombre. Este es un mar dilatadísimo, cuyo fin, ó no se halla, ó son muy pocos los que lo encuentran. Quando el hombre, que es animal sociable, no determina, y quiera retirarse á un desierto, ó ser ermitaño, es forzoso que poco á poco haya de conversar, y tratar con una multitud de personas, todas de diferente humor, y diversos genios. Si antes no advierte con atencion la delicadeza de unos, la impaciencia de otros, el doblez, y socarronería de este, la veledad de aquel, la vanidad, la hipocondría envidiosa de este otro, con las demas buenas, ó malas qualidades que se hallan en los hombres: es muy facil el tropezar, y quedar engañado, y en suma, que vayan mal los negocios; porque para obrar prudentemente es necesario elegir, y poner en execucion los medios convenientes, y proporcionados al fin; y estos no se conocerán tan presto, si antes no se penetran las circunstancias de las cosas, y el natural, la costumbre, y á

lo

lo menos la pasión dominante de las personas. Con sola una llave cierto es que no se suelen abrir todas las casas, y puertas de toda la vencidad. Por tanto, el hombre prudente mide con aguda destreza los corazones de los otros, para saberse gobernar tratando con ellos; y antes de conocerlos bien, camina con cautela, usando diestramente de aquellos preliminares, que pueden conciliarle la benevolencia, sin desagradar en la menor cosa, guardándose al mismo tiempo de no hallarse engañado, seducido, ni encantado de las buenas palabras, esperanzas, exhibiciones, y promesas del sugeto con quien trata. Y si llegase á tanto, que sepa descubrir las segundas intenciones, las malicias, los embustes, y otras picarescas supercherías, de que hay tan abundante cosecha en este mal mundo; y si ademas supiese librarse de que le engañe, y burle qualquiera, entonces pasa su prudencia á ser circunspeccion, y advertencia, virtud muy necesaria para el que trafica en el mundo, y especialmente para el que tiene negocios interesantes con otros: con todo, para que esta sea verdadera virtud, y no una mera sombra de ella, conviene apartarse, y estar lejos de los extremos. Cierto que no es laudable, ni se debe apeteecer aquella especie de simplicidad, é insensatez de quien cree á todos, y lo cree todo, y especialmente del que se dexa llevar de charlatanes, y de los que francamente prometen mucho, pareciéndole que los agravia si no se fía de ellos. Tan lejos está de ser recomendable, que antes es reprehensible el demasiado maliciar de algunos, que son fieros fiscales de las palabras de los otros, y de sus acciones, encontrando siempre en ellas artificio, y malicia, rezelosos siempre de que todos los engañan; llegando finalmente su desconfianza á no encontrar de quien fiarse, y casi ni aun de sí mismos, porque alguna vez se han fiado demasiado. De aquella simplicidad excesiva, y de esta malicia inmoderada, se hace una bella mezcla, pues podrá resultar aquella mediodad de que se compone la verdadera virtud. Una

las mas principales atenciones de un hombre prudente, es la de no engañarse en quanto le sea posible, ni dexarse engañar de otros; pero aun mucho mas la de no engañarlos. El Divino Maestro nos dió este apreciable documento, quando dixo á sus Discipulos, que *á la simplicidad de las palomas, habian de juntar la prudencia de las serpientes*; esto es, deben ser simples, desterrando de su trato, y comunicacion todo engaño, todo artificio, y doblez; pero al mismo tiempo deben ser advertidos para que no los burlen, y engañen otros. Las mugeres principalmente, en las cuales se encuentra rara vez esta virtud de la sagacidad, deberian buscarla con cuidado, ya que la moda las introduce en la conversacion, y trato del gran mundo. Aunque sientan en su corazon, y dentro de sí una buena intencion, deben saber que esta les faltará facilmente, luego que comiencen á dar benigna audiencia á las dulces palabras de los que dicen que las adoran, y permiten que su corazon se empape en esta dulce conserva. Si no en el presente dia, acaso dará al través su constancia en el de mañana. *La muger, y el vaso siempre estan en peligro*, dice un antiguo proverbio. Tanto incienso, no es otra cosa que vapores de un ánimo, que fragua, y medita su vergüenza, y su infamia. Con la espada del rigor, ó con la fuga de las ocasiones debe combatirse en estos lances, contra quien hace del fino, y angustiado cortejante para ver si logra engañar á una simple, ó poco prudente, y mas quando para lograr sus intentos depravados prorrumpe en exêcuciones, y juramentos. Otros van por otro rumbo, que continuamente se emplean en dar á entender á todos los que tratan con ellos quanto estimán su amistad, y quanto desean la ocasion de poderlos servir, y obsequiar, fingiendo con protestas, y frases ambiguas las urgentes obligaciones que les profesan. A las obras, y no á las palabras de estos tales deben atender los sagaces, y prudentes, para ver si los géneros de la tienda corresponden á la insignia, y muestra que se vé

por

por defuera. Las cartas familiares, las conversaciones, y los negocios abundan hoy de este lenguaje afectado; embustes que vuelan por el ayre, simulaciones, y disimulaciones, que vienen á ser lo mismo que un cero, y otro cero. Entre tanto, todos estos que despachan esta vanfísima, y endeble mercancía, y envían de su presencia contenta, y alegre toda la gente crédula, quanto son mas diestros en el arte de engañar á otros, otro tanto se imaginan mas prudentes, mas sabios, mas sagaces, y advertidos. La cortesía parece bien en qualquiera, pero no la ficción, ni la impostura, ni menos el persuadirse de poder engañar con tan vistosas apariencias á los demas, y ganarse para con todos el título de cortesés, y de que son de oro fino sus corazones. Poco se tarda en descubrir lo que es falso brillo, y diamante verdadero; ni se necesita mucho tiempo para conocer claramente, que se trataba con nobles charlatanes, pero infieles, siendo el fruto que estos sacan finalmente el que se les pague en la moneda misma que á otros embusteros de profesion; esto es, que no se les crea aun quando digan verdad. El verdadero prudente sabe disimular (y esto es difícil alguna vez); pero nunca simular, ó fingir. Trata cortesemente con todos; pero no para engañar á alguno, ni jamas piensa el vender lucernigas por linternas. La cortesía siempre fué, y siempre será virtud; y quando se escribe á otros sugetos, es soportable una medida discreta de incienso, pues al fin cada uno sabrá darla su justo valor, acomodándose á la usanza de los tiempos; pero no es tolerable un corazon enmascarado, que discorda de lo que dice su lengua, y que va con intencion, y pleno conocimiento de engañar traidoramente á su próximo. Por tanto el sabio, el prudente jamas pierde de vista la sinceridad, que es una bella virtud, con todo que sepa que acaso no es del genio de algunos villanos; pero sabe al mismo tiempo, que regularmente agrada á qualquier persona discreta; y tanto mas quando sepa sazonar, y endulzar el no

su-

suyo con tan afectuosas palabras, y tan bello garbo, que aun en la misma negativa le queda muy agradecido, y obligado el mismo que se le presentó, y le buscó para conseguir un sí. Por lo demas la sinceridad, que justamente se ha elevado al alto grado de ser virtud, si en todo no tiene por guía, y conductora la prudencia, puede ser á nosotros, y á otros muy dañosa; conviene, pues, andar con cautela. No debemos hablar contra la verdad; pero tampoco deben decirse todas las verdades; y atendidas todas las circunstancias, suele ser virtud algunas veces el saber callar las verdades. Por lo que toca á los maldices de corazon doblado, traficantes de embustes, y que solo tratan de engañar á sus próximos, si pensasen alguna vez, que son mas prudentes, y sagaces que los demas, se engañan, y no piensan bien. La sagacidad debe consistir en saberse guardar de la malicia de otros, no ya en saber engañarlos. La liebre cree que tiene buenos pies; pero los tiene mejores el galgo que la coje. Así decia yo: por astuto que un hombre sea, no puede pasar mucho tiempo que no se le coja el fallo; y quando se ha descubierto la zorra, y la gente ha conocido sus picardías, ninguno se fia mas en ella. Qualquiera que puede huye de sujetos semejantes; y estos son los que se reputan, y tienen por prudentes?

S. V.

LO tercero que el hombre prudente, quanto le sea posible, debe preveer, es lo por venir. No hablo de aquello futuro, cuyo conocimiento está reservado al Señor que lo hizo todo de la nada, y lo gobierna con admirable providencia, cuyos arcanos en vano se lisonjean de poderlos penetrar los Almanaquistas, y Astrólogos. Hablo, pues, solamente de aquello futuro, ó porvenir que el hombre sabio, y juicioso puede con fundamento conjeturar que ha de suceder, reflexionando atentamente á los pasados exemplares, y al comun modo de obrar

de

de los hombres; observando con delicadeza todas las presentes circunstancias, y las costumbres, las inclinaciones, y pasiones de los sujetos con quienes ha de hablar, y tratar sus negocios. No basta el mirar solamente si estará bien hecha ó agrada á la presente accion; es necesario ademas de esto considerar la consecuencia, que verisimilmente suele salir, ó seguirse de aquellas premisas. Balanzeado todo esto, se determina el hombre prudente á obrar, ó dexar de obrar, diciendo dentro de sí si hablo de esta manera, si pongo en execucion estos medios, sucederá esto, se seguirá lo otro; y de esta manera previene, en quanto puede, las dificultades, los desórdenes, y daños que pueden ocurrir, y sucesivamente pasa á prevenir, y disponer aquellos medios, que segun su juicio le parecen mas propios, y oportunos para conseguir el fin deseado. No podemos dudar que la prudencia en el que obra así es un arte meramente conjetural, siendo como son muchos los accidentes que ocurren en la vida de un hombre, vários sus deseos, y ocultos sus pensamientos. Puede sin duda, y se engaña de hecho el prudente en lo que concibe, y juicios que hace; pero no por eso dexa de lograr tres ventajas muy apreciables sobre el imprudente. La primera, que aunque muchas veces no acierte en sus negocios, intereses, y contratos; pero alguna vez acierta con ello, y esto en virtud de los medios prudentemente premeditados, y oportunamente aplicados; pero el imprudente acierta rara vez; y esto por una casualidad. La segunda ventaja consiste en que el prudente conociendo la incertidumbre de los sucesos humanos, jamas echa la cuenta de que un efecto contingente, que puede suceder, y puede no suceder, haya de venir indubitabilmente, y sin falto, segun lo quiere, y desea: este conocimiento sirve de freno á sus esperanzas, y se halla preparado con igualdad de ánimo á un suceso favorable, ó adverso. Los imprudentes, luego que ven la mas mínima señal de que un negocio está bien encaminado, no pueden contener

el

el gozo, y ya tienen por seguro el buen efecto; pero el hombre sabio, que conoce muy bien la inestabilidad de las cosas del mundo, jamás se lisonjea á sí mismo, ni á otros, de que todo el día será propicio y favorable, porque no sabe que tal será la noche. La tercera ventaja que tiene el hombre prudente sobre el imprudente es, que el primero, aun quando no le salgan las cosas como las ha pensado, no tiene motivo para reprehenderse, ni debe por esto contristarse; porque qué culpa tiene, quando ha puesto todos los medios, y hecho quanto debía de su parte, si algun accidente, ú otro impedimento irreparable descompone todas aquellas medidas que habia tomado con madurez, y prudencia? Aquí se debe ahora hacer mención de una injusticia, que es comun en el mundo, y tiene en él un gran crédito; esta es, el medir por solo el feliz, ó infeliz suceso el mérito, ó demérito de quien ha manejado el negocio. Advirtieron esto mismo los antiguos, que nos dexaron escrita esta sentencia: *Extrema semper de auctu facilius judicant*; esto es, que las cosas sucedidas, siempre dan indicios, para que juzguemos las diligencias que para conseguirlas se practicaron. En muchos casos es muy justa esta regla; pero en otros muchos es injustísima, y no querria ciertamente que por ella le juzgasen el que para juzgar á otros la usa tan frecuentemente. Estos toman la fortuna por prudencia; esto es, una totalmente ciega por otra que tiene muy clara la vista, lo que es un error, y una ignorancia manifiesta. Y aunque deba desearse que el prudente sea tambien afortunado; pero no puede tampoco dársele que el afortunado sin prudencia, si hoy se rie, y está contento, porque le ha salido un negocio á medida de sus deseos, llorará en la pérdida de otros muchos; porque él obra regulado por el acaso, quando el prudente obra con razonable fundamento; y si un asunto no le sale bien, concluirá otros muchos con felicidad. Tambien nuestra vanidad suele llevarnos á ser agentes de los negocios ya pasados, y que han mancha-

do otros sugetos, y solemos decir muy satisfechos, é hinchados: *De este modo debia haberse hecho esta cosa: este negocio se habria girado mejor de esta manera.* O! que despues del hecho sabe ser maestro el asno mas necio. Si esta casta de hombres, que así discurren, se hubieran visto en aquellas circunstancias tan repentinas, en aquellos enredos no pensados, sin la menor luz para poder descubrir el fin, acaso, acaso lo hubieran hecho peor.

S. VI.

Finalmente no puede explicarse con pocas palabras la importancia, y estimacion de la prudencia; y quanto deba apreciarse el verdadero prudente. Pero conviene observar, que esta excelente virtud, así como puede faltar, ó no hallarse en alguno por parte, ó extremo del defecto (pues abundan los hombres poco prudentes); así tambien puede faltar por el otro extremo, que es el ser demasiado prudente. Parecerá una paradoxa el decir que sea defecto en un hombre el ser demasiado prudente, y es una verdad tan clara, que cada día nos la demuestra la experiencia. De hecho, se encuentran personas de gran talento, las quales, porque en toda empresa ardua, aunque justa, y á las veces aun en las cosas de poca monta, encuentran montes de insuperables dificultades, considerándolas, no solo como posibles, pero aun como ya existentes, y que pueden trastornar todo su intento, desagradando en su imaginacion á alguno, ó temiéndose la enemistad, ú odio de este, ó del otro, se detienen luego al punto, sin atreverse á entrar en el empeño, ó si entran, decaen de ánimo, y se retiran. Los asusta, y pone miedo la apprehension de que suceda algun mal, la de quedar desayrados con una negativa, mortificados con una áspera respuesta, la de contraer un mar de obligaciones, la de empeñarse demasiado, con otras muchas reflexiones, pesadas todas con el peso de pesar oro, y diamantes; de manera, que

Tom. II. E qui-

quisieran hacer mucho; pero cautelosos, cobardes, sospechosos, nada hacen al fin, ni para sí, ni para otros. Les parece que son prudentísimos obrando de este modo; pero no consideran que un prudente que nada hace, se reputa por nada entre los prudentes; y que la demasiada prudencia es madre entonces de la irresolución, que es un perjuicio muy dañoso para todo el público, en quien está á la frente del gobierno. Por tanto, la verdadera prudencia, con tal que conozca preventivamente que la cosa que emprende es decente, y justa, y tiene además un conveniente fundamento para esperar que le ha de salir bien, debe emprenderla con esfuerzo, sin que le acobarden los obstáculos que encuentre, ni otros accidentes que intenten detenerla, sin dexar de la mano el negocio, ni descansar hasta que no haya visto el fin. A este propósito es célebre el consejo de un antiguo Filósofo. *Maduramente piensa antes de entrar en qualquier empresa; pero entrado que seas, obra con constancia, y franqueza. Aggredere tarde agendo, sed aggressus, age constanter.* No se debe temer, ni rezelar de todo. Debe hacerse lo posible para no disgustar á nadie; pero quando ocurra, no se debe por esto dexar de hacer lo que sea justo, y menos quando hay obligación de hacerlo. No es culpa del prudente el que el otro indebidamente se entristezca, ó enoje. Conviene siempre ser pacienzudo, astuto, y diestro en el manejo de los negocios, no contentarse con los primeros asaltos; y sobre todo, apoyado en aquella confianza que trae consigo una causa buena, no debe quedar su Patrono con la palabra en la boca, aunque siempre debe acompañarla el respeto, y la alegría: ni esto perjudica á otra máxima justa, muy practicada, y estimada de la prudencia, esta es: *Mas vale doblar, ó plegar que romper.* Pobre de aquel que gobierna, y trata muchos negocios, si no se encuentra en ellos alguna flexibilidad, y se obstinan en llevar á efecto siempre su pretension, aun quando sea justa; pues entonces suele salir con la

su-

suya el que tiene mas dura cabeza. Seria yo mas imprudente de lo que soy si quisiera en este asunto decir mas de lo que ya he insinuado; pues aun lo poco que he dicho en orden á esto, consiste en reflexiones muy generales, que son fáciles de proponer, pero difíciles de executar. Esta práctica debe ciertamente procurarla qualquiera por sí mismo, sin esperar á que se la enseñen los libros, y menos de quien se ha propuesto solamente el escribir sobre esto pocos renglones. Por esta misma causa reuso el entrar á discurrir sobre la diversidad de clases, ó especies de la prudencia; esto es, de la privativa, que debe regular las acciones, y costumbres particulares de cada persona: de la económica, que mira precisamente al gobierno de la casa, y de la hacienda: de la militar, que se dice buen regulamento de la guerra, y buena disposicion de una armada: de la Real, y Política, que se dirige toda al gobierno, y buena administracion del negocio público. Otras muchas clases de prudencia pueden añadirse, como ya lo insinuamos en otra parte: conviene á saber, la paterna, y la conyugal, la padronal, la magistral, para gobernar bien los hijos, la muger, los criados, los súbditos, y los discípulos: la mercantil, para saberse manejar en el comercio, la cortesana, &c. ¿Qué mas? Quantas clases hay de gentes, quantos empleos para toda clase, todos piden una particular prudencia para saber gobernarse. Solamente el mirar un asunto tan dilatado bastaria para intimidar á qualquiera; por tanto vamos adelante con el nuestro.

§. VII.

PERO antes de poner mano á la obra, pido licencia para volver á hablar con la juventud, á la que mas particularmente he pretendido dirigir esta obrilla, tal qual ella sea. Una mala noticia es la que les he dado ya con haberles insinuado que la prudencia no es aquella virtud que les es mas familiar; porque faltándoles por

E 2

10

lo comun aquel discernimiento necesario, y la sabiduría, que es la gran maestra de todos; si quieren fiarse de sí mismos, intentando el hacer cosas fuera del ordinario, es muy facil que lo yerren todo, y se hallen burlados. Aun será mucho peor, si perdido el norte de la Religion, y de la piedad, cayesen en horrendos excesos, y detestables vicios; porque entonces les faltará la prudencia para levantarse, ó acaso para cubrir aquellos despropósitos tan grandes, cometerán otros mayores. Al fin de todo los hallará el justo castigo, y entre tanto no les faltará el de quedar avergonzados, confusos, y desacreditados en el tiempo que deberian formarse aquel patrimonio apreciable de reputacion, y buen nombre, que por toda su vida era justo que los acompañase. Este es el motivo de que reciban ahora benignamente las advertencias que añado á las que ya quedan hechas arriba. Por mí puedo decir, que al punto que veo un joven prudente, sabio, temeroso de Dios, que aborrece la ociosidad, y mucho mas toda accion pecaminosa, que sabe unir la modestia con la alegría, que sin dexarse enredar en las redes de los baxos, é infames amores, habla, y obra de tal manera que todos le amen, me parece que veo una de las mas bellas, y preciosas joyas de la república; porque un joven de estas prendas es en su género la cosa mas estimada, y merece mas alabanzas que cien viejos que posean la virtud de la prudencia. Para llegar á un grado tan excelente de esta virtud, no es necesario un ingenio muy agudo, y elevado, basta que tenga un mediano entendimiento, y sepa discernir, y reflexionar sobre aquello que puede aprovecharle, ó dañarle, desagradarle, ó complacerle: pero es necesaria, sin que esta se pueda suplir, una buena voluntad. Las cabezas ardientes, los ingenios fogosos, poéticos, y sutiles, son pocos, poquísimos los que á la pobre prudencia no le den hoy un cachete, y mañana con un garrote. Las cabezas ligeras, vanas, inconstantes, aprehensivas, fantásticas, nada reflexivas, no solamente no buscan,

can, ni encuentran á la prudencia, mas como que se declaran enemigos jurados de ella; y por lo que mira á estas últimas personas, lo peor del caso viene á ser que no hay que buscar botica, ni droguería donde se venda medicina para curarlas. Mas para el que tiene un ingenio ardiente, y fogoso, podrá ciertamente el estudio, y la aplicacion, juntamente con acostumbrarse á vencerse á sí propio, y hacerse fuerza para contenerse, y reportarse: podrán, digo, todas estas cosas cooperar, y ayudarle maravillosamente á fin de adquirir una buena porcion de prudencia, si no en todas sus acciones, por lo menos en gran parte.

§. VIII.

NI basta el tener una mente sosegada, y quieta naturalmente, ó que se adquiera con el estudio, y aplicacion continua, para conseguir con seguridad la virtud de la prudencia. Requiere además de esto la mortificacion, de cuya virtud hablaremos despues. Si la prudencia ha de señorear, y adornar al hombre, es necesario que los deseos se contengan, y refrenen, y que sean esclavas las pasiones: de otra manera, si alguna, ó muchas de estas rompen los diques, y dominan al hombre, ya está dada la sententia nada favorable: serán desconcertadas sus acciones, incurrirá en extravagantes ridiculeces, y no podrá impedir el que se le señale un quarto en el hospital de los imprudentes. Es propio de las pasiones el ofuscar el entendimiento, no dar lugar á la consideracion, y reflexion, el sugerir, y hacer que se tomen resoluciones contrarias á la razon, al decoro, y á la ley santa que se profesa: en una palabra, oponerse á la prudencia, de la qual mas que de otra qualquiera cosa debe estar enamorado todo aquel que no tiene escasez de cerebro. Todas las pasiones vehementes tienen esto de malo efectivamente, que hacen parecer grandes las cosas pequeñas, todo lo ve trocado el alma con estos anteojos; y si la prudencia no disipa estas da-

fosas nieblas, reflexionando bien sobre la interna disposición en que se halla, contad con gravísimos errores, y engaños, tanto en el juzgar, como en el obrar. Preguntad quien es aquel noble caballero, que tan frecuentemente maltrata á sus criados: que se enardece, y pone furioso por la menor contradicción de un igual suyo, ó de los que con él tienen conversacion: que riñe á todas horas con su muger, siendo esta una buena, y prudente Señora: os responderán que aquel es una persona á quien predomina la pasión de la ira; y que para encender el nitro de su cólera es bastante la menor chispa. Acaso algun otro añadirá algo diciendo, que no es sola la mencionada pasión la que aloja dentro de sí; pues tambien tiene grande estimacion de sí propio aquel caballero, y de consiguiente es la pasión de la soberbia la que le inflama, y da movimiento á los excesos de su cólera. Bien tendria que hacer el que quisiese notar, y escribir todas las ridículas puerilidades, y acciones desatinadas del que está poseido fuertemente de la pasión del amor, ó lo que es lo mismo, del temor, de los zelos, del odio, y así de otros turbulentos afectos. Si estos llegan á dominar, debe andar junta con ellos la imprudencia, y con algunos aun la iniquidad, y la injusticia; por lo que es necesaria, ó la precaucion para que estos enredadores sediciosos no se hagan dueños de nuestra casa, ó una firme, y constante resolución para echarlos fuera. Decia Aristóteles, que uno de sus principales cuidados, y deseos era el de enseñar á los jóvenes el silencio. Habíalo él estudiado, y aprendido de Pitágoras, en cuya escuela por espacio de cinco años no abrian los discípulos su boca. Pero si la naturaleza ha provisto á los jóvenes de lengua para que hablen: ¿por que motivo tenerlos sin hablar tanto tiempo? ¡O! que esto no debe entenderse con tanto rigor, que no puedan los jóvenes tener sus conversaciones privadas, pertenecientes á sus negocios, y estudios juveniles: quiere darse á entender con esto, que donde hablan personas graves, y

doc-

doctas, donde se trate de cosas serias, entonces será la eloquencia mas bella de los mancebos el saber escuchar atentos, y silenciosos. Dios nos ha dado dos orejas, y una lengua sola; señal que debemos oír mas que hablar. Nunca fué caracter propio de hombre prudente el que acompaña á los habladores, y charlatanes, sean de la edad que fuesen: la Escritura Sagrada así nos lo dice. Por lo que toca particularmente á los jóvenes, bastará el que hablen en ciertas ocasiones, para que se les des-pache el título de tontuelos, é imprudentes. ¿Cómo pretenderán entrar en corro, y hacer de hombrechitos en materias á que no alcanza su entendimiento, y que piden reflexión, y experiencia del mundo? Es muy fácil que sus preguntas, y discursos en semejantes circunstancias (bien sean alabanzas, ó censuras) provoquen á los oyentes á risa, ó enojo con sus insulsos despropósitos. Deben, pues, aprender primero á callar para saber hablar despues. Deben acordarse de aquella sentencia que dice: *Mucho sabe el que no sabe, si sabe callar*; y que por ellos se dixo la otra sentencia: *en boca cerrada no entran moscas*. Aun para los experimentados, y veteranos del mundo es difícil el acertar siempre con aquel *tempus loquendi*, & *tempus tacendi* del Eclesiástico; esto es, el saber quando se ha de hablar, y quando se ha de callar en ocurrencias, y circunstancias tan diferentes como concurren en nuestras conversaciones. Entre tanto, hasta que se forme, y se asiente el juicio, tendrá todo el ayre de prudente aquel joven, que á las conversaciones solamente concurre aplicando sus orejas. Mas juicioso será sin duda aquel mancebo, quando mas adelante sepa aplicar, elegir, y aun buscar aquellas conversaciones, de las quales está desterrada toda burlasca chocarrería, y solo tiene lugar decoroso la sabiduría, y el ingenio; y si se alegra, y rie la asamblea en alguna ocasion, aunjiendo se puede aprender. Será, pues, para los jóvenes escuela de prudencia, y escuela de aquel mundo en que han de vivir el practicar con hombres prudentes que los puedan dirigir, y enseñar.

§. IX.

Finalmente, volviendo á mi asunto, se debe inculcar continuamente á los jóvenes, que si quieren ser prudentes, deben mirar siempre el fin de sus operaciones, y lo que les podrá suceder, así de bien, como de mal. Lo por venir es lo que mas que todo se debe considerar, y reflexionar para regular, y gobernar bien lo presente. Esto nunca puede repetirse suficientemente: el hombre por lo comun yerra, se engaña, y peca, caminando por sí mismo al arrepentimiento, y miseria en esta, ó en la otra vida, solo porque mira á lo presente en esta. No sabiendo, ó no queriendo tender los ojos á lo sucesivo; esto es, no reflexionando si lo que ahora le parece bueno, útil, y dulce, le podrá ser dañoso, desagradable, y vergonzoso en lo futuro: ahora va dando anchurosas satisfacciones á sus caprichos, y gustos: abraza ciegamente todo quanto le agrada: se venga de sus enemigos siempre que puede hacerlo: busca exorbitantes ganancias por medio de tratos lícitos: habla mal de todos sin respeto alguno, y así se puede discurrir de otros excesos. Al contrario, el sabio, y prudente siempre tiene el peso en la mano para balancear sus acciones. Si yo hago esto, dice, ¿que podrá sucederme despues, ó dentro de dos meses, un año, ó dos? ¿y que podrá sucederme despues de muerto, cosa que puede acaecer en este dia, en esta hora en que estoy? Vemos mucha pobre gente popular, é ignorante, que aunque no hayan estudiado cosa alguna, con todo saben manejar bien esta balanza, y se portan con juicio en sus costumbres, y negocios. Si yo hurto, dicen estos en su corazon, si hago ahora lo que me aconseja la ira, la luxuria, el interes, &c. puede venir me mal, ó en este mundo, ó en el otro. Puede venir sobre mi un proceso criminal, un pleyto ruidoso, una enfermedad grave, y otros muchos, y trabajosos afanes. Permitirá Dios que se descubra, y ha-

haga público lo que yo hice con tanto secreto, como ha sucedido á otros muchos: no solamente las casas, mas tambien tienen ojos las campiñas: hasta los bosques tienen orejas. Mas pesado me seria el mal que puede venirme, que gustoso el placer presente; con que yo (concluye) ni puedo, ni debo hacer esto; porque ni lo permite la prudencia, ni lo consiente el amor de mí mismo bien ordenado. Al contrario, otros muchos que se creen ser los primeros hombres, se pierden en lo presente sin reflexionar en lo por venir, incurriendo por esta causa en muchas desgracias, enfermedades, y miserias. Considerad, por exemplo, tantos, y tantos que llamamos poco afortunados, ó desgraciados; pues el que atentamente considerase su vida, y sus operaciones, hallará muchas veces que ellos mismos son los autores de su poca fortuna, y penosas aflicciones. No basta el tener mérito en qualquiera gerarquía, es necesaria tambien la prudencia. El Cardenal de Richelieu solia decir, que *imprudente*, y *desafortunado*, son dos términos synónimos, que tienen un mismo significado. Pero esta regla puede fallar en mucho, quando se trata de cortesanos, de Generales de Armada, de Políticos, y otros, que sin culpa propia están sujetos á varios reveses de la fortuna. La prudencia mas consumada, la mas despierta, y la mas lince, no alcanza muchas veces á prevenirlo todo, y en todos los lances. Pero con todo, el ordinario curso de las cosas del mundo lleva consigo, que el prudente camina siempre adelante, y el imprudente aun elevado á la mayor altura, desgraciadamente se precipita. Por lo menos es una especie de prudencia sumamente apreciable, el obrar siempre recta, y honradamente, con horror, y aborrecimiento á lo malo. Pero al que obra mal se le podrá fácilmente probar que es imprudente; y si no lo conoce en el dia, tardará poco en conocer, y confesar este defecto. Entre tanto, para facilitar, y allanar mas bien á los jóvenes el camino de la prudencia, me reservo el añadir á estos discursos una

selecta recopilacion de advertencias , que aun no han salido á la luz pública hasta ahora, escritas por un veterano profesor de esta importante virtud , qual es Monseñor Speciano , persuadido á que su lectura ha de agrandar á los sabios , y en muchos casos podrá servir sin desagradar á los menos doctos.

CAPITULO XXX.

Del buen régimen del deseo de los bienes.

§. I.

EL amar , y desear el bien , como ya dexamos insinuado arriba , es una ley que estampó el mismo Dios en nuestra naturaleza. Y aunque yo vaya representando aquí como cosas diversas el amor de la felicidad , el de nosotros mismos , y el deseo de los bienes ; con todo , apuradas las cueñas , podemos decir que son tres nombres diversos , que en substancia significan una misma cosa. Parece á primera vista que qualquiera cosa que se nos presente baxo el nombre , y sobrescrito de bien , la podamos elegir , y abrazar sin dificultad alguna , siguiendo en esto la inclinacion de nuestra misma naturaleza. Pues con todo no es esta una verdad sentada ; por lo que conviene aquí reflexionar , que los sabios han distinguido con razon tres clases de bienes , honestos , útiles , y deleytables , ó para decirlo así , los han vestido de tres diversas qualidades , las quales pueden concurrir en todo quanto se llama bien. Cierto es que hay muchas acciones , á las quales convienen los nombres de los ya mencionados bienes , como es la de amar , y alabar á Dios , lo qual por su naturaleza es una accion honesta , buena , y justa , siendo muy conveniente al hombre dar el obsequioso tributo de su corazon á quien es el Autor de todo su bien. Es asimismo accion muy útil por causa de los bienes que de su liberalidad recibimos en esta

vida , y de los incomparablemente mayores que esperamos recibir en la otra , y todos nos vienen de aquel benéfico Monarca , que puede , y quiere premiar como quien es á qualquiera que le ame de corazon. Finalmente es accion muy deleytable ; porque el amor en sí , y por sí es un afecto que contiene delectacion , y especialmente quando mira á un objeto que no puede , no digámos encontrarle , pero ni aun imaginarse mas amable , y mas hermoso. Al contrario , puede ser útil una accion , sin que se halle en ella delectacion , ni honestidad , ó puede tambien ser deleytable , sin que sea honesta , ni útil , y así discutiendo por las demas : ni son necesarios exemplos , porque á cada uno es muy fácil el encontrarlos. Ahora veremos advertir que por bien honesto entendemos aquí todo aquello que de la manera posible intenta la imitacion de Dios , y es conforme al orden que Dios ha querido , y quiere para la universal felicidad de los hombres. Por bien útil entendemos , y significamos aquello que es medio , ó instrumento para conseguir alguna alegría , y placer , ó para librarnos de algun mal , y dolor. Tales son los bienes permanentes , el dinero , los grados , ó empleos honoríficos , el tener hijos , criados , &c. Ultimamente llamamos bien deleytable todo aquello que puede causarnos algun gozo , placer , y contento , como comunmente lo causa el comer , el beber , el aprender buenas noticias , &c. Además de esto debemos considerar que entre los bienes honestos hay algunos tan recomendables , y bellos , que poseidos traen á sus dueños muchas alabanzas , y elogios , y les hacen esperar un gran premio del mismo Dios : estos consisten precisamente en los actos , y exercicio de las virtudes , que el mismo Dios nos prescribe , y señala , y en buena parte nos enseña la Filosofía de que tratamos ahora. Hállanse tambien otros bienes honestos , que no tienen parentesco con la virtud , pero son hijos de la misma naturaleza humana , y tales que no se oponen á la Ley Divina , ni á la humana ; y bien que estos , ni merezcan alabanza , ni premio,